**3 Creer: La salvación es llegar al cielo antes de morir**

**Rick Brown**

**ChristBridge Fellowship (sin-denominación)**

**Tomball, Texas**

**7 de septiembre de 2014**

Para nuestro decimoquinto aniversario habíamos ahorrado algo de dinero para celebrar con unas vacaciones de todo incluido en Punta Cana. Viendo que nunca habíamos celebrado quince años de matrimonio, Karen no conocía las reglas. Ella invitó a algunos amigos al viaje. Al menos no invitó a nadie a unirse a nuestra luna de miel quince años antes.

Resultó ser algo muy bueno. Nuestro hotel estaba justo en la playa y, además de los buffet de «come todo lo que quieras que ya está pagado», la playa ofrecía catamaranes gratis. Nunca habíamos estado en uno. Nuestros amigos sí. El único requisito para usar un catamarán era asistir primero a una clase.

La lección era con un dominicano que hablaba muy poco inglés. Nos sacó en el barco, señaló a la vela, nos enseñó las cuerdas (literalmente), y nos fuimos. Con el viento en la vela tuvimos un gran paseo subiendo y bajando las olas de forma perpendicular a la playa.

Parecía muy fácil con el dominicano dirigiendo el show. Pero entonces fue nuestro turno. Karen, que había observado desde la playa, subió y nos fuimos. El viento sopló en nuestra vela y nos metió hacia adentro. Enseguida estábamos en el punto donde debíamos dar la vuelta. Fue fácil girar cuando el dominicano estaba al mando.

No fue tan fácil cuando yo estaba al mando. La línea de la playa hacía una curva hacia nosotros, lo cual significaba que nuestro catamarán estaba empezando a dirigirse hacia la playa. Teníamos a la vista una zona acordonada para los nadadores con grandes señales que decían: «¡Barcos no!». No es que yo ignorase la señal. Sencillamente no podía hacer que el barco girase.

Los nadadores comenzaron a apartarse de mi camino. Mi amigo y el dominicano estaban corriendo por la playa gritando algunas palabras de ánimo que yo no podía oír. Aparte de atropellar a una ancianita, llegamos a la playa ilesos.

Al pilotar el catamarán yo solo, estaba fuera de control y necesitaba ayuda. Necesitaba alguien que me salvara.

Quizá a ti también te ha pasado. No en un catamarán, sino en la vida. El presupuesto personal fuera de control. Las relaciones bajo mínimos. La salud sin revisar. Demasiadas cosas por hacer y poco tiempo. El cuerpo cansado y el alma agotada.

Yo no sabía cuánto necesitaba la ayuda hasta que intenté dirigir el catamarán yo solo. Y a veces no sabemos cuánta ayuda necesitamos hasta que la vida comienza a desplegarse.

La ayuda que necesitamos se llama salvación en las Escrituras. Esto puede sonar extraño a tus oídos. Solemos oír la palabra «salvación» y pensamos en algo que ocurre, como hacer una oración, y «vamos al cielo cuando muramos».

Pero la salvación es mucho más en las Escrituras. La palabra en griego para «salvar» es *sozo*. Significa «sanar», «estar bien» y «recuperar la salud». ¿Podría ser que haya lugares en tu vida que necesitan estar bien?

Hay una historia en Lucas 7 donde Jesús va a comer a casa de un fariseo. Uno sabe inmediatamente que algo grande va a ocurrir cuando Jesús acepta la invitación de ir a la casa de un fariseo. Y así es. En cuanto Jesús había ocupado su lugar en la mesa, llega una «mujer de la ciudad» y unge sus pies con sus lágrimas y un perfume de un frasco de alabastro.

Tengo que admitirlo. Eso sería algo difícil de explicarle a mi esposa si esta escena le hubiera ocurrido alguna vez a este predicador.

El fariseo cree que eso demuestra que Jesús no es un profeta, porque hubiera sabido que la mujer era pecadora y seguramente no habría permitido que una pecadora le tocase. Él se dijo esto a sí mismo, y Jesús enseguida le respondió acerca de lo que estaba pensando para sí, algo que demostraba bien que Jesús era un profeta.

Jesús le cuenta una historia acerca de dos personas que debían dinero a un prestamista. Uno le debía diez veces más que el otro, y a ambos se les perdonó la deuda porque no podían pagarla. Entonces Jesús preguntó cuál de los dos amaría más al prestamista. El fariseo correctamente respondió: «Aquel… a quien se le perdonó la deuda más grande».

Jesús quiso señalar al fariseo que él no había hecho nada por Jesús. No había traído agua para sus pies, no le había saludado con un beso y no le había ungido con aceite. Todo eran cosas que haría cualquier buen anfitrión. Pero la mujer hizo las tres.

Su punto es que aquel a quien se le ha perdonado poco ama poco, mientras que aquel a quien se le ha perdonado mucho ama mucho. Mira lo que Jesús hace después: le dice a la mujer que sus pecados están perdonados y luego le dice: «Tu fe te ha *salvado*; ve en paz».

¿La palabra para «salvado»? *Sozo*. La fe de ella le restauró, le hizo estar bien, le salvó. Él le dice que «vaya en paz» lo cual, más literalmente, significa «*entra* en la paz». Jesús le dice que ahora que ha sido restablecida debe vivir en ese bienestar. Es una nueva vida para ella. Sus pecados han sido perdonados.

En el siguiente capítulo hay otra historia en la que Jesús va caminando entre una multitud de gente. Lucas dice: «… las multitudes lo apretujaban”. La palabra para «apretujaban» significa «rodear o apiñar a alguien hasta casi el punto de asfixiarle». No era un sitio donde quisiera estar ningún claustrofóbico.

Mientras Jesús caminaba por este entorno asfixiante, se nos dice que había una mujer que tenía una hemorragia de sangre desde hacía ya doce años. Lucas, médico, observa que había gastado todo su dinero en médicos y ninguno de ellos había podido ayudarle. Lucas probablemente no era alguien a quien los médicos leyeran mucho en las iglesias del primer siglo.

Así que ella se acercó a Jesús por detrás y tocó el borde de su manto. Ella fue inmediatamente sanada. Jesús preguntó quién le había tocado y nadie dijo nada. Pedro le recuerda que la gente le estaba apretujando como se estrujan las uvas y las aceitunas. Pero Jesús sabía que había salido de Él poder.

Entonces la mujer llegó y les dijo a todos por qué le había tocado y cómo había sido sanada de inmediato. Observa lo que le dijo Jesús: «Hija, tu fe te ha sanado… vete en paz».

¿La palabra para «sanado»? *Sozo*. «Salvar». La misma palabra que en la historia anterior. La misma frase que en la historia previa. Una tiene que ver con perdonar pecados. La otra tiene que ver con la salud física. Y ambas tienen que ver con una oportunidad en una vida distinta a la que tenían antes.

Un ejemplo más se encuentra en Lucas 19. Es una corta historia acerca de un hombre llamado Zaqueo. Era un recaudador de impuestos, lo cual significaba que no tenía muchos amigos. Recaudaba los impuestos para los romanos y después se quedaba con otra parte para él. Él oyó que Jesús venía a su ciudad y quería verle, pero como era bajito, no podía ver. Así que hizo lo que cualquier empresario astuto y sagaz haría. Se subió a un árbol.

Ve a Jesús. Más importante aún, Jesús le ve a él, y le invita a bajar y se autoinvita a su casa. A la gente no le gustó la idea de que Jesús fuera a su casa, pero sí a Zaqueo. Le dijo a Jesús que iba a dar la mitad de todo lo que tenía a los pobres y además daría cuatro veces lo que hubiera defraudado a la gente.

Es entonces cuando Jesús dice algo muy interesante. Dice: «Hoy ha llegado la salvación a esta casa… Porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido». «Salvación» es una palabra derivada de «salvador». Zaqueo necesitaba un salvador. Estaba perdido y Jesús fue a «salvarle». Y sí, la palabra ahí es *sozo*. Zaqueo estaba perdido en su búsqueda de riqueza. Encontró a Jesús, tuvo un cambio de corazón, y entró en una nueva forma de vida.

La salvación es algo más que tan sólo ir al cielo al morir. La salvación tiene que ver mucho más con entrar en el cielo *antes* de morir. O podríamos decir que salvación es meter el cielo dentro de ti antes de morir.

Una mujer había confiado su sanidad a los médicos. Se acercó a Jesús y fue salva.

Una mujer confió en que su cuerpo la sostendría. Adoró a Jesús y fue salva.

Un hombre confió en que su riqueza le daría vida. Llevó a Jesús a su casa y fue salvo.

¿En qué confías tú en esta vida? ¿Dinero? ¿Trabajo? ¿Familia? ¿Recreo? ¿Apariencia? Quizá hiciste una oración o te bautizaste esperando ir al cielo al morir. Pero ¿has entrado en el cielo ahora, antes de morir?

Jesús llegó anunciando la disponibilidad del reino del cielo. Dijo que estaba presente, que estaba tan cerca como tus manos. «Arrepiéntanse, porque el reino de los cielos se ha acercado». Cualquiera tiene acceso a él. Pocos recorren ese camino. «Pero estrecha es la puerta y angosto el camino que conduce a la vida, y son pocos los que la encuentran» (Mateo 7.14).

Jesús nos llama al arrepentimiento. «Arrepentimiento» es otra de esas palabras que se eclesializan demasiado. Oímos «arrepentimiento» y pensamos en algún pecado, grande o pequeño, que tenemos que confesar para poder seguir adelante.

Pero «arrepentimiento» significa «cambiar su forma de pensar». Puede significar «cambiar la dirección por la que voy». Jesús predicó arrepentimiento y después pasó tiempo con la gente mostrándonos qué era eso.

* Crees que los médicos son tu única fuente de ayuda, y cambias tu forma de pensar y acudes a Jesús.
* Crees que tu valía es pequeña y vendes tu cuerpo, y entonces cambias tu forma de pensar y vas a Jesús y eres levantado.
* Confías en la riqueza y piensas que conseguir más es lo que te dará vida, y Jesús viene a tu casa y en lugar de eso confías en Él.

Te arrepientes de esa manera de pensar. Cambias de dirección. Y según Jesús, encuentras la salvación. Eres restaurado y sanado, y te vas en paz.

Los discípulos oyeron estas palabras y vieron a Jesús y después, cuando les preguntaron qué debían hacer para ser salvos, respondieron: «Arrepiéntase y bautícese cada uno de ustedes en el nombre de Jesucristo para perdón de sus pecados —les contestó Pedro—, y recibirán el don del Espíritu Santo» (Hechos 2.38).

* *Arrepiéntase*. Cambie su forma de pensar sobre la vida. Quizá incluso sobre la salvación.
* *Bautícese en el nombre de Jesús*. Sumérjase en la vida de Jesús. Vaya con Él como su entrenador en la vida.
* *Reciba el don del Espíritu Santo*. Recíbalo. No se lo puede ganar. Cambie su confianza en usted por la confianza en su Espíritu.

¿La salvación le lleva al cielo cuando muera? Claro que sí, pero la salvación es más que un acuerdo prenupcial. La salvación se trata de una relación. Se trata de meter el cielo en usted antes de morir. Intente preguntarle a su cónyuge cuál sería el requisito mínimo para que siguieran comprometidos a sus votos de tal forma que no se divorciara de usted. Vea lo que ocurre. Y después entenderá lo perdido que está y cuánto necesita que le salven.

Después acuda a Jesús. Él es el denominador común en todas estas historias. Él es el Salvador. Y puede enseñarle una nueva vida.

Me giré a mi amigo. Él sabía cómo dirigir un catamarán. Él también sabía hablar inglés. Así que hicimos unos turnos en el agua. Tuve que arrepentirme de mis viejos caminos de navegación y aprender nuevos. Dejé de atravesar la zona de «¡Barcos no!» y confié en su guía. Mis habilidades náuticas fueron restauradas. Y pasamos el resto del viaje de aniversario navegando hacia la paz.

La salvación está cerca de ti hoy. Deja de confiar en ti mismo y deja que Jesús te salve. Él quiere llevar paz a cada área de tu vida. Y lo hará. Tú sólo tienes que invitarle a bordo y dejar que sea el capitán de tu vida.